San Juan Fisher

por padre Frank Dumois Ruíz o.f.m.

Entre los numerosos mártires de Inglaterra en el siglo xvi bajo los reinados de Enrique VIII e Isabel I, figura en primer plano San Juan Fisher, quien nació en 1649 en el seno de una familia rica, dedicada al comercio en Beverley (Yorkshire).

De joven le enviaron a la célebre universidad de Cambridge, donde pronto se destacó por su inteligencia y piedad. Allí estudió teología y después de obtener el título de Maestro de Artes llegó a ser canciller de dicho centro de estudios. Sintiéndose llamado al sacerdocio, logró ordenarse a los 25 años. Entre tanto había surgido en Alemania la Reforma protestante, encabezada por Martín Lutero. San Juan Fisher se destacó por su actividad controversial contra los innovadores, especialmente contra Lutero y sus tesis (1523-1525).

Sus amigos lo presentaron a la madre del rey Enrique VIII, lady Margaret, condesa de Richmond, quien quedó prendada por las cualidades de Juan y lo distinguió con su afecto, escogiéndole como confesor. También le pidió su ayuda en la fundación de dos colegios y una capilla, desempeñando brillantemente la oratoria sagrada.
La reina madre quedó complacida y sin duda, fue ella la que promovió su nombramiento como obispo de Rochester en 1504. Este obispado no tenía grandes rentas, pero fue dentro de su humildad donde precisamente brilló el celo pastoral del nuevo pastor, quien pasado el tiempo y ante la oportunidad de pasar a una sede más rica, se negara a abandonar su primera diócesis alegando que era la esposa espiritual que Dios le había deparado.

Juan Fisher fue amigo del célebre humanista holandés Erasmo de Rotterdam, al que dio una cátedra en el Christ´s Collage de Cambridge. Erasmo decía de Fisher: “No hay hombre más culto ni prelado más santo”.

Su palacio episcopal era de gran austeridad de vida por el rezo del oficio divino (Liturgia de las horas) y por el trabajo que exigía a sus familiares. Al tiempo que cumplía con su oficio episcopal, desarrollaba también sus funciones como catedrático y canciller de la universidad. Era una época en la que las ausencias de los obispos a sus diócesis se hacían habituales, sin embargo, en medio de esta realidad, Fisher emprendía la visita pastoral a todas las iglesias de su diócesis para conocer personalmente a su clero y la situación espiritual de sus feligreses. Era una existencia ejemplar, de profunda piedad, gran austeridad y celo por la salvación de las almas. A diferencia de otros obispos, rechazó el estilo principesco de vida; tenía pocos servidores, un mobiliario sencillo y ropa muy modesta.
Se trataba de un sacerdote consciente de la terrible condición de la Iglesia de su tiempo, que comprendía la necesidad de una pronta reforma dada la corrupción de muchos pastores. Con todo no cedió a la propaganda luterana y siempre defendió la verdad católica.

En 1534 ocurrió un hecho desconcertante: el rey inglés Enrique VIII, hasta entonces fiel príncipe católico, que, incluso, había refutado las doctrinas luteranas y obtenido del Papa el título de “Defensor de la fe” se proclamó jefe de la Iglesia inglesa , rompiendo con Roma . Había surgido la

Iglesia Anglicana (Church of England), llamada episcopal fuera de Gran Bretaña. La razón era que Enrique se había enamorado perdidamente de Ana Bolena, dama de la corte, mujer de gran belleza, pero corrompida. Ella no se conformaba con ser amante; quería ser reina. Y como el Papa Clemente VII se negó a declarar nulo el matrimonio legítimo con Catalina de Aragón, logró que el parlamento y la mayoría de los obispos se plegaran a sus deseos. Era el cisma inglés, pues negaba la primacía del Papa sobre la Iglesia inglesa, aunque ésta mantenía poca relación con Roma desde siglos antes, tomando en consideración que era el rey quien nombraba a los obispos. El pueblo inglés no se percató de que había surgido una nueva Iglesia y pensaba que era uno de los tantos conflictos que habían ocurrido entre el rey y el obispo de Roma a lo largo de los siglos.

Fisher fue encerrado en la Torre de Londres, entre otras razones, por negarse a admitir el cisma, y por consiguiente, no firmar el Acta de Sucesión por la cual heredarían el trono los hijos de Ana Bolena. Después también se negó a firmar el Acto de Supremacía que declaraba al rey cabeza de la Iglesia inglesa. Ante esta firme posición, el papa Pablo III premió la fidelidad del prelado nombrándolo cardenal, pensando, además, que la nueva dignidad lo libraría del suplicio. Tal suposición era falsa, pues el monarca inglés replicó que el capelo cardenalicio no hallaría en Juan cabeza donde colocarse.

Por fin un jurado lo condenó a morir decapitado, noticia que sólo supo la víspera de su ejecución. Era el 22 de junio de 1535. Juan se dirigió a los presentes y dijo: “Yo he venido aquí para morir por la fe de la Iglesia Católica y de Cristo”. Luego recitó el Te Deum y el salmo 30: “En ti, Señor, he esperado”.

Él, que hasta el final había sido instado por los obispos a que cediera, respondió con amargura: “La fortaleza es traicionada por aquellos que deberían defenderla”. Tenía mucha razón. El mismo rey le habría perdonado si lo hubiera aceptado como cabeza de la Iglesia inglesa en lugar del Papa. Pidió que le permitieran leer la Biblia un momento y leyó unos versículos del evangelio de San Juan. Clavada sobre una pica, su cabeza permaneció expuesta durante 15 días en el puente de la Torre de Londres. Nueve días después fue decapitado el canciller (Primer Ministro) Santo Tomás Moro. Luego de cuatro siglos, ambos fueron canonizados por el papa Pío XI.

“Yo he venido aquí
para morir
por la fe de la Iglesia Católica
y de Cristo.
‘En ti, Señor, he esperado’.”

San Juan Fisher fue un profundo conocedor de las Escrituras. Su comentario sobre los salmos lo demuestra: “Primero, Dios liberó al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, con grandes portentos y prodigios; los hizo pasar el mar Rojo a pie enjuto; en el desierto, los alimentó con manjar llovido del cielo, el maná y las codornices; cuando padecían sed, hizo salir de la piedra durísima un perenne manantial de agua; les concedió la victoria sobre todos los que guerreaban contra ellos, por un tiempo detuvo de su curso natural las aguas del Jordán, les repartió por suertes la tierra prometida, según sus tribus y familias. Pero aquellos hombres ingratos, olvidándose del amor y munificencia con que les había otorgado tales cosas, abandonaron el culto del Dios verdadero y se entregaron una y otra vez, al crimen abominable de la idolatría.

”Después, también a nosotros, que, cuando éramos gentiles, nos sentíamos arrebatados hacia los ídolos mudos, siguiendo el ímpetu que nos venía, Dios nos arrancó del olivo silvestre de la gentilidad, al que pertenecíamos por naturaleza, nos injertó en el verdadero olivo del pueblo judío, desgajando para ello algunas de sus ramas naturales, y nos hizo partícipes de la raíz de su gracia y de la rica sustancia del olivo. Finalmente, no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros como oblación y víctima de suave olor, para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado.

”Todo ello, más los argumentos, son signos evidentes del inmenso amor y bondad de Dios para con nosotros; y, sin embargo, nosotros, sumamente ingratos, más aún, traspasando los límites de la ingratitud, no tenemos en cuenta su amor ni reconocemos la magnitud de sus beneficios, sino que menospreciamos y tenemos casi en nada al autor y dador de tan grandes bienes; ni tan siquiera la extraordinaria misericordia de que usa continuamente con los pecadores nos mueve a ordenar nuestra vida y conducta conforme a sus mandamientos.

”Ciertamente, es digno todo ello de que sea escrito para las generaciones futuras, para memoria perpetua, a fin de que todos los que en el futuro han de llamarse cristianos reconozcan la inmensa benignidad de Dios para con nosotros y no dejen nunca de cantar sus alabanzas”.

Fuente: PalabraNueva.net